

Juan Manuel Torres

Didascalias

MIÉRCOLES

El primer momento de conciencia se parece muy poco a un momento de conciencia, y yo quiero olvidar y estar seguro de que me espera la tranquilidad. Así, de ese olvidar, de esas ganas de olvidar, de ese tener ganas de olvidar, voy retornando a una conciencia de cosas que no sucederán, de miradas que ya no ordenarán, que ya no parecerán miradas, que ya no lo serán.

Pero todo esto se parece muy poco a la conciencia. Es como si de repente el mundo se hubiese vuelto de natillas, de flanes, de budines que nadie comerá porque papá enfermo se va a morir y la casa ya no será la misma casa (en un rincón del patio crecerá un nuevo limonero y una de las puertas, podrida por la lluvia, será sustituida por otra más propicia a unos ladrones que se llevarán entre otras cosas una muñeca vieja de mi hermana).

(Olvidarnos de que empezar una frase es siempre el intento de empezar la verdadera frase; la esperanza de que por esta letra, por esta palabra, se llegará por fin a alguna parte. Porque cada quien tiene sus costumbres, su manera de andar caminos. La realidad se nos presenta a pedazos y a mí me gusta elegir los menos trascendentes, aquéllos sin los cuales el rompecabezas aún puede ser armado. Y sobre todo ansío la paz de las aguas, que esto termine y se adquiera un nivel cualquiera, pero fijo, preciso, invariable, en vez de este constante sube y baja y el recuerdo de una muchacha que duerme en la otra sala echada sobre los hombros de nadie y soñando sueños que nadie recordará.) En otro lugar es la tristeza, la otra cerveza más, las furtivas miradas al reloj (¿Pero es que esto terminará algún día?), las ganas de sorprender las manecillas en una posición equivocada, aventurera, ansiosa de recorrer caminos. Es el retorno a la conciencia (¿Pero es que esto iba a ser la conciencia?) La vuelta al vértigo. Las ganas de vomitar. Es la embarcación agitada por las aguas. Son las aguas sobre las aguas y bajo las aguas. Son las aguas. El paso de tierra a tierra, de cielo a cielo, de Oostende a Dover...

Y Holanda queda atrás como un punto de reposo, como descanso, como país al que se ha de volver algún día, cuando ya se haya alcanzado la tranquilidad (¿Pero adónde no se ha de volver? ¿Cuál es el sitio del que ya estamos salvados de una vez para siempre?).

(Escribir... Buscar en las palabras la única palabra que nos está destinada... Luchar... Tener aún la esperanza... Confiar en que alguna vez...)

Tratar de encontrarle sentido a esta vida diaria a esta vida diaria a esta vida diaria. Tratar de hallar la raíz de estas imágenes. Tratar de saber cuántas muertes se ocultan tras estas precarias vidas de papel. ¿De dónde extraigo todos los fantasmas de que me rodeo? ¿Qué seres olvidados se me enredan a la pluma disfrazados de otros nombres? ¿Escribir? ¿Para

qué escribir? ¿Para qué desnudarse si en realidad esto es una mentira, un ir cubriéndose de otras ropas, de otros nombres, de otros recuerdos, un hacer imposible la desnudez, un desvestirse con las notas de una canción triste que tristemente habla de otra tristeza más triste? El cuerpo siempre queda cubierto, aunque sea de cuerpo, de cuerpo, de vergüenza, de remordimientos (o aunque fuese de muerte), de cualquier cosa, el cuerpo siempre queda cubierto, siempre el cuerpo, siempre él queda, protegido, protegido, acorazado, donde sea, aun en la cama, aun en el sueño, sobre todo en el sueño, o en el sueño...

Pero hay una historia que quiero contar, una historia que puede desarrollarse ante el espectador como una tragedia representada por títeres. Los títeres pueden ser bellos o defectuosos (mejor es comprarlos de segunda mano, pues así ya llevan un pasado en las ropas destrozadas), lo importante es que asuman su papel y que sepan convulsionarse por los diálogos que alguien indiferente les ordena. Pero la tragedia de Hamlet no está en la duda, sino en el no poder desprenderse de esa duda a la que está obligado. Quizás él mismo tendría una mejor solución para el drama, pero siguiendo las reglas del juego tiene que callar sus propias ideas y repetir las de alguien implacable que lo hace avanzar por una línea ya trazada. Pero esto no es sino una manera de decir. Hamlet no puede tener ideas. Hamlet es solamente un montón de palabras inútiles. De otra manera el drama habría terminado hace tiempo en vez de repetirse invariablemente, pasando siempre por las mismas palabras.

Nota respecto a un futuro Hamlet: permitirle al actor tomar decisiones o desenmascarar al espectro. ¿Pero para qué seguir creando títeres y títeres de títeres? ¿Para qué seguir alimentando la tragedia?

Podríamos revalorizar el espectáculo, concediendo a los personajes ese estado de ánimo, esa ilusión que algunos llaman libre albedrío y que equivale a saber que Hamlet no está condenado a la duda, sino que puede elegir cualquier otra acción o incluso la propia duda. Aunque las cosas pueden ser más simples: Si nos ubicamos en el presente sabemos que no podemos elegir nada de lo que va a ocurrir en el futuro, pues éste no existe (o si existe no tenemos ninguna prueba de él, que lo convierte en un sueño metafísico); asimismo no podemos elegir nada de lo que sucede en el presente, pues éste ya existe (y al rato ya es recuerdo) y por lo tanto está fuera de nuestra voluntad. También el pasado está fuera de nuestro alcance (¡Hola, Mónica!) Pero el pasado existe. Tenemos pruebas, recuerdos (¿Y si recordamos lo que apenas nos va a suceder?) Ahora bien, si no podemos elegir podemos haber elegido. Es posible que si ahora comemos una manzana es porque en algún momento del pasado decidimos comerla, aunque este momento de elección haya escapado de nuestra memoria y de repente nos parezca fatalista el hecho de que an-

demos a ciegas hincando el diente. Lo mismo sucede con la duda, o con el sufrimiento. Quizás en el pasado pudimos elegir otras cosas pero elegimos precisamente éstas, lo que es una prueba contundente de nuestra libertad. Así pues, somos libres en la medida en que creemos serlo, en la medida en que creemos que el pasado nos permitió elegir nos permitió elegir. La única prueba son los recuerdos. Y los recuerdos pueden crearse a base de voluntad, de muchas ganas. De esta manera Hamlet puede recordar que alguna vez fue su propio autor y se eligió todas las palabras que ahora le toca decir y que él dice no porque estén ahí, colgando en el aire y porque alguien tenga que decirlas, sino porque en un acto de libre albedrío él decidió hacerlo (no ahora, sino hace muchos años, tantos que el tiempo ha borrado ese instante de su memoria).

También se podría crear personajes no definitivos, personajes que en un momento dado pudiesen lo mismo responder "sí" o "no" o "quién sabe". Se podría por ejemplo escribir las tres respuestas y pedirle al lector que tachase dos de ellas, o las que quisiera, o que bien escribiera una nueva respuesta, por ejemplo: las mariposas están cada vez más gordas. También sería una solución escribir una obra que comprendiese todas las posibilidades para que este mismo lector (de acuerdo a su propio gusto o al azar) arrancase páginas enteras, dejando únicamente los fragmentos que más le interesasen para a su vez componer otra obra más modesta, es cierto, pero más de acuerdo con sus sueños y esperanzas.

A la manera de este lector enfrente yo las cosas que escribo. Separo del mundo solamente unas cuantas miradas, las que me son más cercanas, y trato de componerlas sin preocuparme mayormente del sentido. Sé que de esta manera no se puede ir muy lejos. ¿Pero quién ha dicho que yo quiero ir lejos? Lo único que deseo es jugar con estas miradas, con estos recuerdos, unos cuantos, muy pocos, demasiado pocos, cada vez menos, pif, paf, se acabaron, como si fueran piezas de un reloj descompuesto incapaces de reintegrarse a los cauces del tiempo, pero aún suficientes para componer mecanismos destinados a matar el tiempo, el tedio del tiempo, la desilusión: cochecitos de cuerda, máquinas de vapor, tric, tric, trac, aeroplanos de juguete para viajar por un minuto muerto, triturado por los engranajes de este reloj, de estas piezas que torpemente manejan mis manos, estos cinco recuerdos que desesperadamente combino de todas las maneras posibles para formarme la ilusión de que fueron más ricos y de que realmente algún día tuvieron algún significado.

Pero si esto es la vuelta a la conciencia entonces la conciencia debe ser algo terrible. ¿Terminará por fin este continuo bamboleo? ¿Nos llegará por fin la calma? ¿La calma? ¿Podemos estar seguros de que existe la calma? ¿Pero por qué busco la calma? ¿De qué infiernos terribles voy de huida?

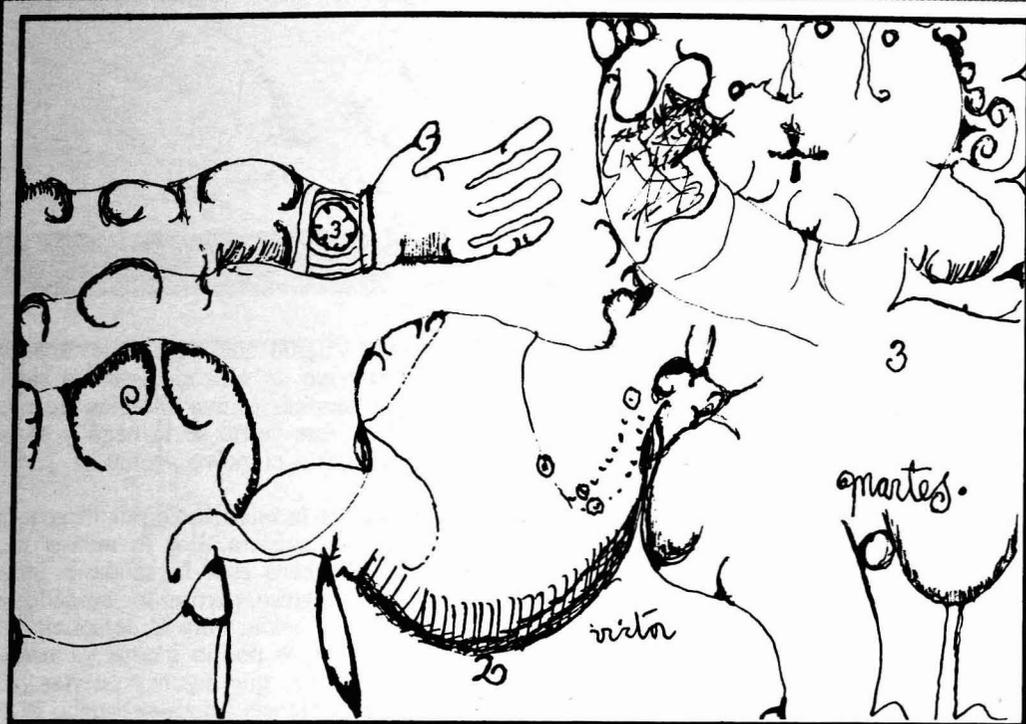
Aquello ha quedado atrás. Pero no del todo. Veamos tres versiones de infiernos y elijamos una de ellas:

Versión primera. El amor (ver *El viaje*).

Versión segunda. La guerra. Estoy cargado de guerra, hastiado de guerra, chorreo por todas partes una guerra que me pasó de lejos en la infancia y que ahora, en los años maduros, me ha empezado a lanzar sus cañonazos desde los obsesivos recuerdos de otros hombres que no saben hablarme de otra cosa. La guerra. Años en que se fue salvaje, en que se desconfió de todo, en que los valores que habían ido formándose dejaron de ser válidos. Mantenerse a flote, seguir vivo no importa a costa de cuántas muertes. La muerte ajena no es fundamental, es sólo un accidente, una casualidad. La única muerte verdaderamente importante es la propia, por eso hay que evitarla a como dé lugar. Si el mundo se ha vuelto loco no vale entonces la pena sacrificarse por el mundo. Hay que intentar salvar lo que queda de orden, lo que no se ha perdido totalmente en el caos, o sea la conciencia. Esto es lo único que vale la pena salvar, pero para esto hay que evitar la muerte. Evitar la muerte a como dé lugar. Sobre todo a través de la muerte de otros hombres. Cada muerte ajena apuntala mi propia vida. Cada agonizar me confirma. Entre más muertos estén los otros más vivo estoy yo. La vida propia es directamente proporcional a la muerte de los demás. Bendita sea la otra muerte. Viva la afirmación de la propia vida, del propio pedazo de pan, del propio dolor de pies, del propio amor; porque incluso en un mundo así se habla de amor, se cree en el amor, absurdamente se tiene confianza en que el amor es la única salvación ante la muerte, cuando debería ser todo lo contrario, cuando el amor nos debería llevar a ella a través de la vergüenza de estar arrebatando el pan ajeno. Pero por el momento se trata de sobrevivir, si se desea poner en duda este mundo hay que persistir, salvarse a como dé lugar para dar testimonio, no importa que la salvación individual pueda realizarse solamente al precio de miles de muertes. Lo importante es el testimonio (se piensa), y de esta manera se tiene una justificación para seguir participando en el crimen; porque huir del crimen es justificar su razón de ser, es aprobarlo, es darle un lugar en el mundo. Pero estos son razonamientos *a posteriori* y no pueden tener validez durante los años de desorden. En esa época el instinto dice otra cosa: sobrevivir hasta mañana, hasta el próximo sol, para entonces, después del descanso nocturno, bueno o malo pero descanso, tener fuerzas para soportar un día más, sólo un día más, no importa cuál sea el precio que los otros deban pagar. . .

Éste puede ser uno de los infiernos, aunque el verdadero infierno esté quizás al fin de la guerra, cuando las normas morales vuelven a funcionar, cuando retorna el "no matarás" y por más que se quiera no surge el "no recordarás".

Versión tercera. La locura. La última vez que el personaje ve a Mónica es en un sanatorio de enfermedades mentales. La última vez que el personaje vio a Mónica fue en un sanatorio de enfermedades mentales. La última vez que vi a Mónica



fue en un sanatorio de enfermedades mentales. Supe que había tratado de suicidarse con una fuerte dosis de barbitúricos y que a resultado de una sicosis provocada por el envenenamiento y que a resultado de una sicosis provocada por el envenenamiento y por el antídoto dado en cantidad excesiva, como quien quiere que un clavo saque a otro clavo, internada en una clínica de Cracovia y transportada después a Lodz en una ambulancia aérea y ésa —dijo Mónica— fue la primera vez que anduve en las alturas y me hizo gracia que una cosa tan frágil fuera capaz de sentirse avión pero eso fue lo que pensé que si algo tan frágil lo más absurdo te digo porque nunca se me ocurrió que terminaría en uno de estos hospitales mejor hubiera sido en un burdel mejor en un burdel cien veces o muchas más porque aquí diga lo que diga lo que diga lo que diga siempre piensan que estoy delirando y es una lástima que tú y yo se descompuso el cochecito porque quizá hasta hubiéramos sido felices aunque quién sabe ya ves dónde he venido a parar ya ves que el amor como las personas decentes siempre acaba en la cárcel —dijiste Mónica.

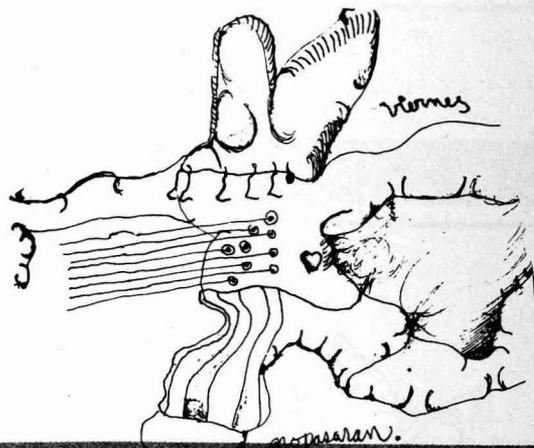
Y yo no supe qué replicarte porque estaba pensando en otras cosas. Pensaba que durante un largo tiempo nuestros diálogos serían dos monólogos dichos uno al lado del otro, que nunca sabríamos si nuestros momentos de lucidez coincidían, que quizá a la hora en que yo te hablase más en serio tú andarías galopando por otros desvaríos, o a la inversa. Estábamos condenados a ser dos frutas dejadas sobre el plato, cada una pudriéndose por su propia cuenta, ajena a la tragedia de la otra, aunque nadie iba a decir he ahí una fruta y otra fruta,

sino que cada quien diría dos frutas, creyendo que la palabra dos era capaz de derrotar la soledad y el pudrimiento. Y así fue. Y así fue nuestra locura, una soledad llena de soledad, unas tardes paseando por el jardín de aquel hospital de aquel hospital para que todos nos viesan y pensasen que la razón de nuestra locura era el amor que nos teníamos, pues tanto quema el incendio como la falta de incendio y tanta sed da el agua como la falta de agua.

Estas son las tres versiones que yo propongo. El lector puede anotar otras tantas y dejar después que un golpe de dados decida el pasado de nuestro personaje. Entre tanto, volvamos a él, quien a medida que va emborrachándose en el bar del barco que lo lleva a Inglaterra (¿Por qué a Inglaterra?), va recobrando la conciencia, la furiosa conciencia, mientras a su alrededor sigue creciendo la noche y la más grande de las calmas...

VIERNES

¿Pero qué es lo perdido? ¿De qué sitios, de qué rostros, he logrado escapar, si es que este morir, esta orfandad cada vez mayor, puede llamarse escapatoria? Lo primero, lo aparentemente fundamental, lo que me duele en los momentos de tristeza elaborada a la fuerza, es la infancia perdida, es la infancia no perdida ahora sino absurdamente perdida en la infancia, al principio del viaje, cuando abandonamos la tierra del encuentro de mis padres para ir a aquel pequeño El Dorado donde entonces alumbraba la promesa de una vida mejor.



A partir de ese primer viaje, de esa primera renuncia a la propia tranquilidad, El Dorado ha ido cambiando de nombre continuamente, desplazándose en una geografía cada vez más lejana y en una desesperanza cada vez más desesperanza; pero ya nunca, aunque al final logre alcanzar el paraíso, me será dado recuperar aquellas aventuras que no pude vivir.

Me preparo ahora para el recuerdo y quisiera que aquello fuese un poco selva, pero ¡qué va a ser!; apariencias nada más, ilustraciones de un cofre encerrador de sorpresas, las fotos de los abuelos en una edad imposible, sonrientes junto al río (el río es otra de las palabras sagradas con las que quizá algún día —cuando las haya encontrado todas— escribiré la verdadera frase, el ábrete sésamo que me está destinado, si es que acaso me está destinado algún ábrete sésamo).

La infancia del personaje: en una ciudad recién nacida de largas calles de arena; más allá el mar, junto al río, un barco varado y otro más que siempre se aleja y una hermana buena que casi es el aire y la brisa y la tristeza de un domingo más que se ha acabado. Llegaremos a la casa y los plátanos fritos mezclarán sus chirridos a los extraños cuentos del tío Joaquín. Y todos haciéndole círculo, llenándonos de espanto con aquellas terribles historias de peines que se convertían en bosques malignos y espejos en que se ahogaban las tropas de los perseguidores. Y la muerte sentada junto a él, que como Schezrada en pantalones de mezclilla trataba de alargar su vida un día más. Pero alguien llora. Siempre hay alguien que llora, aun cuando uno no lo sepa. Las lágrimas se cuelan a cada historia, terminan siempre por imponerse en algún par de ojos. Quien lloraba era el hijo menor de los vecinos. Había visto de pronto que la muerte empezaba a dedicarle todas sus miradas.

Se puede además hablar un poco de la primera ciudad, del origen, de su barrio chino, de su olor a ron y a petróleo y a tulipanes. Luego estaban las lagunas —charcos de agua podrida— donde Güicho trataba de abrimme la fantasía. Pero esto es para mí lo incomprensible, lo dejado atrás, la felicidad a la que no pude volver pese a que siempre me guiaba un Virgilio para quien todas esas cosas eran naturales y quien veía más allá de lo que yo veía con los ojos. Él lo sabía todo. Incluso cuando sobre el verde tapete me enseñaba el misterio de las bolas de billar con sus carreritas de gato, trataba siempre de abrir ante mí nuevos cielos, beatrices que yo no atinaba a intuir, pese a que las evidencias rodaban de un lado a otro de la mesa mientras un coime viejo nos echaba la primera mirada del odio.

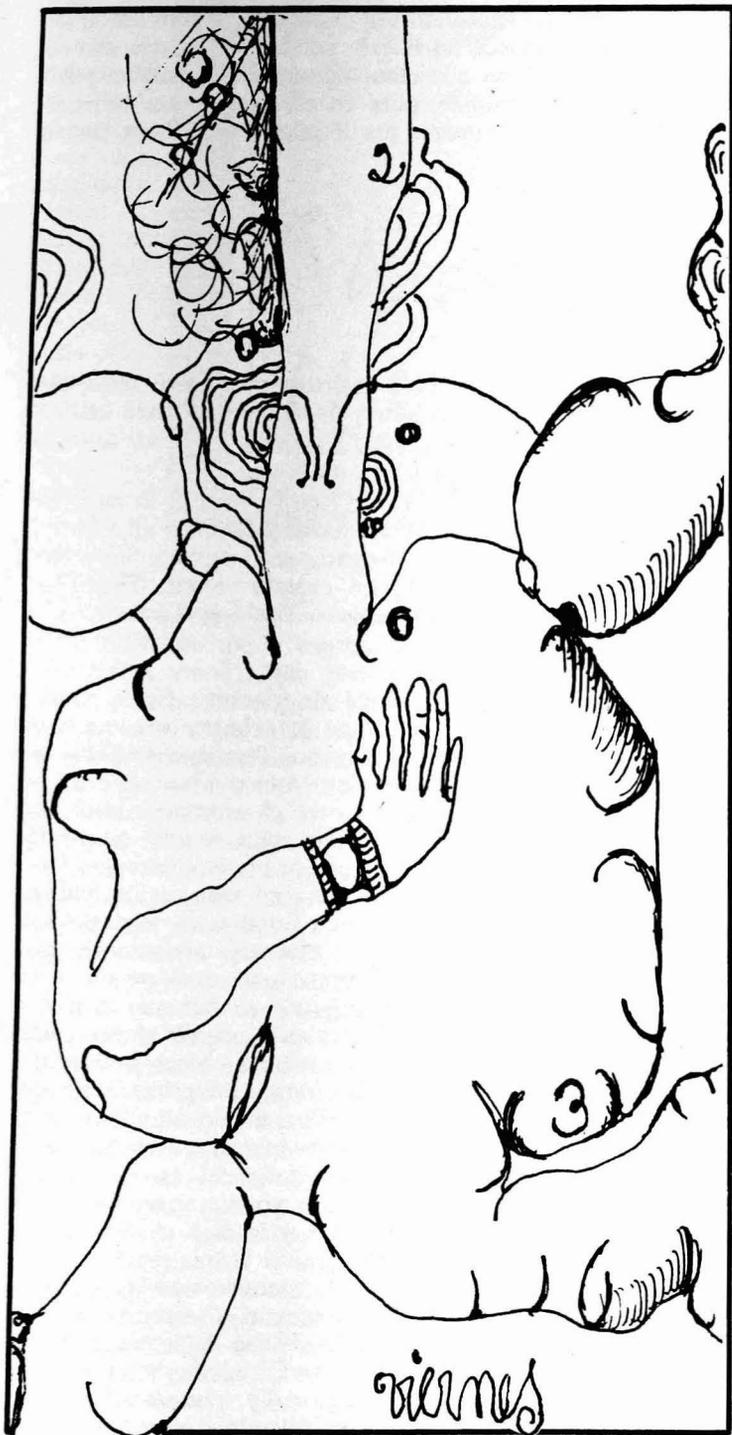
Virgilio fue siempre fiel, siempre Virgilio; pero después de mi renuncia (de la renuncia obligada por mis padres), el regreso me estaba prohibido y lo más que yo lograba era romperme las narices contra la puerta por la que Virgilio pasaba tranquilamente, sin sentirla siquiera. Yo incluso no podía aprenderme de memoria todos aquellos nombres de las

cosas que Virgilio iba develando ante mí. Él era el único elegido, el reino de esos cielos había sido hecho sólo para él. Y aunque después estuvo también ausente del lugar durante varios años, éste ya no se le negó y al regreso lo recibió sin siquiera quitarle el polvo, como si jamás hubiese salido de casa.

Como se ve la infancia es por lo general menos complicada de lo que se quisiera. Por lo menos la infancia de nuestro personaje. Primero está la salida e inmediatamente después el intento de regreso, pero ni los cuidados de un Virgilio logran romper la separación. Para el personaje las puertas del paraíso ya no son ésas, o por lo menos ya no son ésas las que han de abrirsele, si es que algunas puertas han de abrirsele algún día. Con una infancia así no es mucho lo que nuestro personaje puede lograr; pero no podemos darle a nadie una infancia mejor de la que a nosotros mismos nos fue dada algún día. Volvamos pues a ese personaje de treinta años que desembarca en Dover como si tuviera cuarenta. Se llama de alguna otra manera, a mí me gustaría llamarlo Ulises (de todos modos, si es otro quien se decide a escribir esta novela puede llamarlo como quiera, incluso Torres). El personaje pues se llama Ulises (o Juan Manuel Torres) y está volviendo a la conciencia. Toma un lugar en el tren y espera a que aparezca Londres.

Mientras tanto vuelve a leer un pasaje de Grigia: “No hace mucho, más o menos durante los últimos quince años, cierto campesino volvió a su casa y al lecho de su esposa después de una larga estancia en América. Durante un tiempo se alegraron de estar otra vez juntos y vivieron felices, hasta acabar con los últimos ahorros de la mujer. Como el dinero que debía recibir de América seguía sin llegar, el campesino tomó sus cosas y —como todos en esa región— empezó a trabajar de buhonero, dejando a su esposa sola en casa. Pero el campesino ya no volvió. Poco tiempo después llegó a otra casa el esposo que volvía de América, le dijo exactamente a su esposa cuándo había salido de casa y le pidió que le hiciera de comer lo mismo que había comido el día de la despedida. Recordaba aún una vaca que hacía tiempo ya no existía y trataba muy bien a los hijos que le había dado otro cielo que aquél bajo el que había vivido en los últimos años. Pero también este campesino, después de una corta temporada de vida cómoda y abundante, salió al camino como buhonero y no volvió nunca más. Lo mismo sucedió en esa región por vez tercera y cuarta, hasta que las mujeres se dieron cuenta de que el campesino era un estafador...”

Para Ulises este pasaje es fundamental y por eso ha de leerlo siempre que crea estar llegando a comprender los verdaderos engranajes de las relaciones humanas. Pero esto quiere decir que en el tren, rumbo a Londres, también piensa comprender algo de las relaciones humanas. Y efectivamente algo entiende, pero este algo es un fuego ilusorio que en seguida se apaga bajo



el soplo de la corriente de aire que entra por la ventanilla. Pero eso quiere decir que el tren está en marcha. Ulises llegará a Londres y lo primero que hará será buscar a Alfredo. Irán a cenar a un cafecito de Earl's Court Street y durante todo el tiempo, como para identificarse, irán confrontando los recuerdos y ambos se sorprenderán viendo cuán importantes resultan ahora para ellos Lucrecio y Mejorina, así como los amores de ésta con un ángel de la prostitución que tenía sus alas en el Bristol.

—Pero eso no fue amor (o quizá: Ni siquiera a Lucrecio lo quiso así) (o quizá otra cosa, cualquier cosa) —dirá Alfredo.

(O quizá no dirá nada. O quizá dirá lo más terrible, la frase que Ulises ya no quiere oír, pues la ha encontrado en todos los andenes de todas las ciudades a las que ha llegado en su viaje hacia Itaca). Sí, es posible que los recuerdos de Alfredo empiecen a indicarle otro nombre oculto bajo su simple nombre de Alfredo. Serán muchísimas las posibilidades. Pero la única terrible, amenazante, peligrosa, será la posibilidad de que Alfredo descubra en sí al Telémaco de siempre, al que entre néstores de cantina y menelaos de muerte ha andado buscando la sombra de Ulises. Pero esto no es posible. ¿Pero por qué no habría de serlo? Todas las posibilidades son posibles. ¿Y qué es una posibilidad? Posibilidad es todo hecho que no ocurre —pero que puede ocurrir—, todo lo que se queda en el cesto de las gestaciones, en la canasta de los sueños. Pues lo que efectivamente sucede se vuelve realidad y deja por lo tanto de ser posible para convertirse en factum. O sea que la realidad es lo único que no es posible —aunque alguna vez lo haya sido—, o sea que la realidad es lo único concreto, lo único imposible. ¿Entonces? Lo que a nosotros nos interesa no es lo real, sino precisamente lo que queda en el cesto de las gestaciones, de las posibilidades. Ése es el material con que queremos armar las tramas de nuestro mundo. Lo importante no es lo que sucede, sino lo que no sucede, lo que podría haber sucedido, ese enjambre, esa maraña de acontecimientos fetales, embrionarios, que piden a gritos ser traídos a la vida, que exigen una oportunidad para contribuir a la pequeña historia, pero en cada golpe de dados hay combinaciones frustradas que podrían cambiar la suerte, pero es que incluso si se lanza una moneda al águila o sol y triunfa el águila no se debe olvidar que al otro lado, untado al barro, hay un sol derrotado que alumbrá negramente otros mundos en que quizá alguien ha lanzado también una moneda al aire y ahora mira ese sol que si aquí pierde allá gana. Y así pues, entre tantas posibilidades, entre tantas cosas que se quedan sin suceder, no podemos estar seguros de que la única realidad sea ésta, porque ¿quién nos asegura que esos seres ansiosos de vida no forman para sí una especie de caricatura de vida, de sucedáneo, de algo extra, colocado a las orillas, algo que les haga creer por un momento en la realidad de su

realidad? ¿Y si somos nosotros los que formamos una anti-realidad, si somos el otro lado del espejo?

Recuerdo ahora una proposición que Elías Denech me hizo en Sarayevó. Su teoría era más o menos la siguiente: "Si alguien duda entre beber una copa de vino blanco o tinto y elige por fin éste último, es fácil suponer que para guardar el equilibrio en otro planeta, digamos en un planeta B, alguien al mismo tiempo elija el vino blanco. Pero con esto sólo se lograría un equilibrio muy superficial, pues las posibilidades aún no están agotadas, así que forzosamente, para seguir por este camino, debe haber un planeta C donde alguien elija un vaso de agua y un Planeta D donde se elija la sed. Pero los planetas deben ser infinitos, así como las posibilidades, y de esta manera todo en alguna parte se realiza e incluso por ahí debe haber una Desdémona celosa que ahogue con una almohada a un Oteló candoroso o que le diga a Hamlet retírate a un convento."

Si esta teoría es cierta, Alfredo bien puede callar que es Telémaco. No importa. En otro mundo estará confesando a gritos esta verdad. Y todo lo que sucede a cualquier Ulises afecta a este Ulises londinense que se resiste a admitir ser solamente la persona que es, sino que toma para sí todos los pecados, pues sabe que no es él quien nos importa, sino su lugar geométrico, su punto en el espacio, su personaje y no su persona, pues ésta es sólo contingencia. A manera de prueba, Ulises puede citar a Alfredo el pasaje de Grigia. Pero Alfredo no querrá oírlo, pues se hallará demasiado fatigado y lo único que hará antes de irse a dormir será entregarle a Ulises el paquete con las cartas de Sorgen y un cuadro chino hecho pedazos.

LUNES

Pero antes de seguir adelante quiero volver al problema de los planetas y las posibilidades. Estuve hablando con Emilio sobre el asunto y él cree ver en esto uno de los mayores actos de fraternidad que cada quien pueda tener para consigo mismo. Imagínate, me dice, qué genial manera de no sentirme solo cuando por la noche tome mi taza de tilo para los nervios. Sabré que en ese mismo instante una infinita cantidad de Emilios debe en todos los planetas posibles una serie interminable de líquidos que van desde los vinos mejores hasta la última gota de la cantimplora. Ese será el mejor brindis, el más lleno de hermanos. Aunque lo triste, añadió poniéndose repentinamente sombrío, lo verdaderamente triste es que en algunos de esos planetas algunos de los Emilios estarán forzosamente apurando la cicuta y el arsénico en la leche. Así, a cada taza de tila iremos quedando menos. Pero quiero suponer que no obstante todos de algún extraño modo seguiremos viviendo hasta que no haya muerto el último de los Emilios.

Para seguir aprovechando este paréntesis, quiero anotar que Emilio —quien conoce mi interés por todo lo relacionado con el ojo— me ha dicho que etimológicamente la palabra pupila viene del francés *poupée*, pues en ella nos vemos reflejados como muñecos. Seguramente por lo mismo se la llama también "niña del ojo".

MARTES

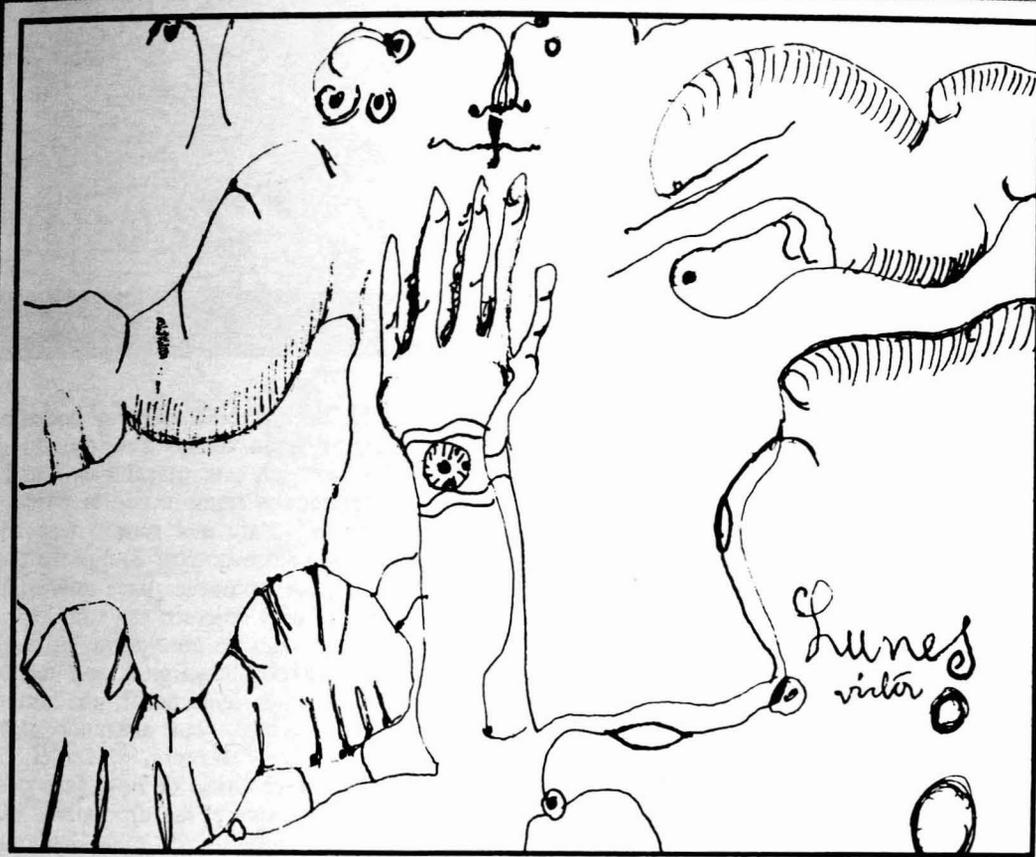
Hoy descanso: Helena.

MIÉRCOLES

... el pasaje de Grigia. Pero Alfredo no querrá oírlo, pues se hallará demasiado fatigado y lo único que hará antes de irse a dormir será entregarme el paquete con las cartas de Sorgen y un cuadro chino hecho pedazos.

"Eso es lo que más me importa en la vida, te lo juro. Esas cartas y las fotos de mi abuela que se hallan en un álbum de pastas doradas. Sálvalas del desastre, te lo suplico. Salva todos mis papeles y tráelos a México cuando vengas. Entre otras cosas encontrarás un cuadro chino. Tíralo al Támesis."

Así empezaba la carta de Sorgen y por eso vine a Londres. Ahora estoy solo en este café, donde clandestinamente he comprado una botella de ginebra. Es la primera vez que estoy en esta ciudad. Es la primera vez que estoy tranquilo desde hace mucho tiempo. Pero me hubiera gustado que todo esto sucediese en Atenas. No sé por qué, pero siempre creí que Atenas sería el escenario ideal para lo que va a ocurrir. Porque sé lo que va a ocurrir, pues nunca me ha ocurrido nada que no hubiese podido prever. Y esto lo había previsto desde siempre, pues mi vida es una vida sin sorpresas; aunque no del todo, pues Londres es algo inesperado, ya que lo que yo quería como escenario era Atenas, quizá porque no he estado o quizá porque no estaré nunca en esa ciudad. Había pensado en un bar que se llamaría "Itaca" o "Itacaxtlán". Pero lo que yo quería va a ocurrir ahora en otra ciudad y en otro bar. Ya están todas las luces instaladas y las decoraciones armadas. Ya ha sonado la primera llamada y los actores del drama están terminando de maquillarse. Yo estoy sentado en primera fila, mirando las suaves ondulaciones del telón y observando el programa del espectáculo que habrá de desarrollarse, mientras que yo me apuro también a maquillarme y lustrarme los zapatos y le digo a yo que salga un momento para que yo pueda tirar el té que me han puesto en la botella y suplicarle a yo un poco de whisky, que será lo único auténtico de lo que va a ocurrir. Y entonces se escucha la segunda llamada. Y una muchacha de tercera fila quisiera llamarse Nausicaa (pero se llama Molly). Y aquella otra (también Molly) quisiera parecerse a Ty, porque el rostro de Ty está en todas partes, presidiendo la desesperación del año



en que vivimos. ¿Dijiste la desesperación? ¿Tienes algunas pruebas para hablar de la desesperación? No, en realidad estos son días felices. La infelicidad ha quedado atrás. El drama que ahora representamos está lleno de felicidad. Para ser felices hay que sonreír. Y nada más fácil que la sonrisa, esta dolorosa contracción de los músculos, esta mueca, este rictus, este grito mudo, ahogado, ahorcado, fusilado, esta sonrisa, ¿así está bien?, estira más el labio superior, límpiame la sangre, ¿te acuerdas de Lacrita?, la pobre, dicen que llegó a Londres toda entusiasmada y lo primero que le dijeron fue que había llegado tarde a la fiesta, que ya todas sus flores estaban marchitas y que sus lágrimas pintadas estaban bien para Querétaro. Ahora la pobre escribe versos tristes en un periódico de provincia y borrona a Sorgen largas cartas donde le relata sus paseos nocturnos, sola, volviéndose vieja, quedándose soltera, con la esperanza de que algún muchacho del barrio le diga una leperada y la obligue a imaginarse cosas que ella quisiera imaginar aunque no quisiera imaginar, pues la soledad le ha aplacado los caballitos del sexo y ahora cuando mucho dispone de unas cuantas ranas y dos dromedarios que vio hace poco en un libro de fotografías del desierto. Por lo menos eso le escribe a Sorgen. Me dio gusto haber encontrado sus cartas tan a mano, tan a la superficie de todos esos recuerdos que para Sorgen significan tanto y que para mí son apenas objeto de curiosidad, algo que bien puedo tirar a un bote de basura sin que en el mundo suceda nada, sin que en el mundo, sin que suceda, sin que nada, sin la menor pérdida, las cartas de Lacrita bobas y sentimentalonas. Las cartas de Lacrita

bobas y sentimentalonas se me aparecieron de pronto como una salvación. Si así eran todas las demás cartas, si así era el vellón de oro que Sorgen me había mandado a buscar, si así era mi destino, el fin de mi viaje, entonces (dando las gracias a Palas Atenea) había que interpretar esto como una buena señal de los dioses, como una broma, un guiño, una mueca, una alegría, un rictus que me indicaba claramente que ya todos los infiernos habían quedado atrás y que ya todos los cíclopes habían sido vencidos.

Como rejuvenecido y terriblemente bello salí al sol de la calle y me dispuse a probar la buena voluntad de los dioses.

Durante todo ese hermosísimo día logré robar en no sé cuántos almacenes 5 camisas, 17 pares de medias, 2 aparatos de radio, un paquetito de preservativos azules, 8 emparedados, un zapato negro y otro casi negro (los dos del pie derecho), un bolso de mujer, varios pañuelos y una lata de sardinas yugoslavas que después una mano afanosa me robó en el metro. De esta manera supe que los dioses estaban de mi parte y me senté a dormir en una butaca de cine donde frente a mis ojos cerradísimos caían y caían las bombas sobre los sembrados de arroz y dos muchachas jóvenes (que quizá no habían besado varón) corrían hacia un agua (que no había) locamente incendiadas por la furia del napalm... Y luego un saxofón negro empezó a hablar de una azotea de Nueva York y sobre nosotros pasó volando un avión y empecé a sentirme cada vez más lleno de paz y más desesperado y más con ganas de no haber salido nunca de casa o de no tener que volver a ella —se diría Ulises—, pero eso sería absurdo... Pero eso

sería absurdo porque significaría la muerte de Telémaco, aunque ¿cuántos Telémacos hay? ¿Cuántos Telémacos? Eso lo sabría mejor Alfredo que en el mendigo no había sabido (o no había querido) reconocer al padre. Y así Ulises (¿quizá sería mejor encontrarle otro nombre?) llega a Londres (por ejemplo: Juan Manuel Torres) y va a cenar con Alfredo a un café de Earl's Court Street. Pero podrías haber llegado a Atenas, encontrar a Orlando y cenar en el bar "Itaca" donde Orlando le entregaría un paquete con las cartas de Rafful y pese a todo la historia sería la misma y lo que va a suceder sucedería de todas maneras y lo mismo vendría el robo y el sueño acurrucado en una butaca de cine donde también caerían las bombas y donde tampoco habría el agua capaz de apagar a esas muchachas y donde también el jazz y los aviones y la paz y la desesperación y lo demás y todo lo demás, de la misma manera que en todos los teatros del mundo Orestes se venga de Egipto y Clitemnestra, ya sea en Varsovia, en Hiroshima, en San Francisco, en Nepal, en Dubrovnik, en Bogotá, en donde sea, en Bruselas, Berlín, Amsterdam, Trieste, Jalapa, Copenhague, Malmo, Budapest o Chichén Itzá; de la misma manera que sus rasgos van cambiando y unas veces tiene los cabellos negrísimo y otras es tan rubio como lo sería ahora el hijo de Ingrid si no se hubiera muerto... Lo importante no es pues el escenario ni la forma de los personajes ni el color de los vestidos, sino tan sólo la trama de la historia, lo que ha de repetirse, lo que ya se ha dicho millones de veces y que ha de volverse a decir aunque no haya nadie que quiera oír estas palabras, ni decirlas; incluso aunque no haya palabras, las bolas de billar se echarán a andar e irán repitiendo sus choques, las relaciones marcadas, los encuentros y desencuentros, las caídas... Lo único que queda es el esqueleto de la historia (y quizá la diluida visión de una silueta de muchacha), la armazón sobre la que cada quien irá poniendo sus propios ojos y el nombre escrito en el pasaporte. Pero esto es muy poco. Y por eso no logramos adueñarnos de nada y por eso todo va quedándose tan vacío, tan carente, tan inútil, tan inútilmente inútil, y por eso repetimos y repetimos gestos que no son los nuestros, que no pueden serlo porque nada puede ser nuestro, moviendo los brazos, agitándolos, como si fuesen escombros movidos por un viento atroz o como si estuvieran llenos de hormigas o galfarros sin ojos que temen echarse a volar en la oscuridad que brota de sus alas y que va aumentando la noche, volviéndola más noche y menos noche, mientras que alrededor, por todas partes, sigue aumentando el vano y absurdo desconcierto que entre penas y lástimas acoge cada día nuestro, cada desesperanza, cada enorme y loca felicidad...

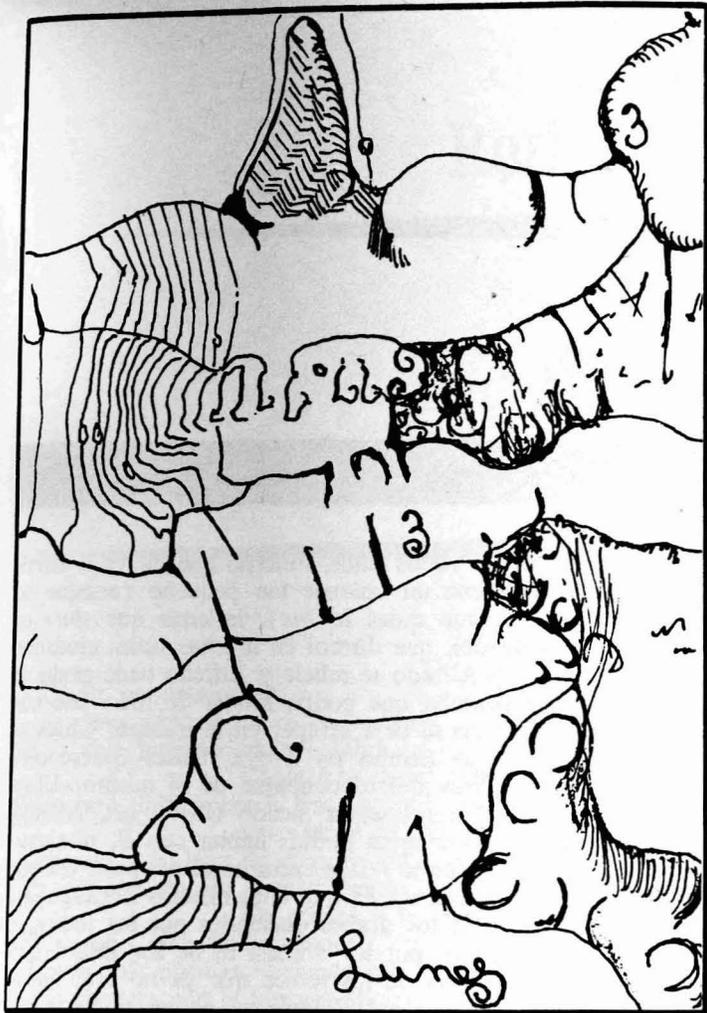
VIERNES

Sí, encerrados en esta maraña de gestos ajenos, usados, gasta-

dos, maraña de palabras que no podemos callar porque de todas maneras serán dichas aun cuando nuestras bocas pretendan rebelarse, en esta maraña de nada, de maraña de marañas, golpeándonos siempre con la pared, ¿y para qué todo?, ¿adónde vamos? ¿Para qué somos necesarios si la tragedia se desarrollará aun sin nosotros? Si nuestro papel puede ser actuado por cualquiera, entonces ¿para qué estamos aquí? Borremos todos los nombres y dejemos tan sólo los puntos en el espacio, las estrellas que han de configurar las constelaciones de siempre, aunque las constelaciones sean tan sólo una apariencia de estabilidad, pues lentamente, madurando sus sueños, van cambiando de formas, van alterando el rostro que parecían haber recibido para siempre, y así el Orión de ayer poco tiene que ver con el Orión de hoy, pero pese a todas sus transformaciones —aunque el día de mañana tome la forma de una vaca o de unos zapatitos de niña— habrá algo de lo que no podrá desprenderse, algo que no podrá cambiar ni echar a un lado, o sea su nombre: Orión. Y así aun esforzándose por parecer mariposa su esencia seguirá siendo oriónica y por lo tanto y pese a sus formas tendrá que ser Orión y comportarse como tal (aunque sea Orión disfrazado de manos enojadas), porque una vez que un objeto ha sido nombrado —una montaña, una rosa, un poco de polvo, un pez— ya no puede desprenderse de su nombre (el que viene tras mí bautizará con fuego, pero el que vino antes bautizó con la palabra), porque el nombre es la esencia, la identidad, el ser primario, lo que no se puede cambiar aun a través de otros nombres, pues aunque una gota de agua sea nombrada varias veces, ella ya sólo responderá al nombre primero y los otros serán sólo máscaras, accesorios, maneras de hablar, compromisos, ganas de entrar en contacto sin entrar en contacto, las puras ganas; así Ulises seguirá siendo Ulises, por fidelidad a su nombre, no importa que carezca de rostro o que tome formas provisionales, no importa incluso que en el juego de las constelaciones los puntos interrelativos de su drama hayan ido cambiando de sitio o de hora, él seguirá siendo Ulises, seguirá conservando la misma esencia, el mismo nombre, el mismo Ulises, y en el laberinto de las nuevas formas irá buscando los viejos caminos que lo llevarán una vez más a dar muerte a los pretendientes. ¿Pero en dónde están los pretendientes?

LUNES

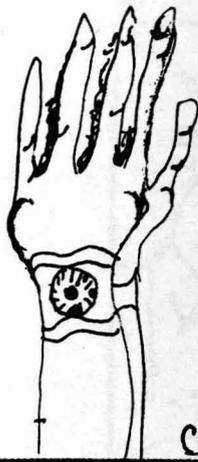
Londres. Una tarde como para tocarla con los dedos. Ulises abandona el sueño con que los dioses le cerraron los ojos y entra a otro sueño aún más sueño. Envuelto repentinamente entre olores de ojos y ruidos de ranas vomitadoras sale corriendo hacia nada en busca de una tranquilidad que nunca va a tener. Desesperado entra en un bar y mientras recuerda (y mientras trata de no recordar) la mirada aterrada con que Alina lo vio irse (irse) empieza a beber una larga hilera de



copas que va alineando en su imaginación para cubrir con ellas ese rostro, esas manos crispadas —o quizá desmayadas— y ese grito que quizá era una sonrisa o la vecina que le daba los buenos días al apóstol. Pero la ebriedad no es una cosa tan sencilla, no es algo que pueda evocarse a fuerza de alcohol o mañas; para estar ebrio se necesita un signo, un movimiento mágico que indique que ha llegado el momento de embriagarse y entonces el alcohol es un pretexto, una parte del ritual necesario para llegar a ese estado beatífico en que el hombre se encuentra en comunión con Dios. Y para Ulises aún no había llegado el momento, porque no sería sino hasta la noche cuando le tocase saber cosas, estar cerca, tener ojos en las puntas de las uñas. Ahora tenía que quedarse con el rostro de Alina (¿Por qué estaría tan azorada? ¿A quién le temería?) y andar con él hasta que sin querer, por accidente, lo perdiese como una revista vieja abandonada en el tranvía. Lo único extraño era que en su memoria el rostro de Alina no era rostro de Alina, sino esencia de rostro de A., sin ojos, ni orejas, ni demás cosas. Pero en realidad esto no tenía nada de extraño, porque así son siempre los recuerdos, más bien palabras que imágenes, y no se mira nada con la memoria sino que se repite un nombre una y otra vez, incesantemente, con la loca esperanza de que en el horizonte aparezca un esbozo, una silueta que pueda satisfacer nuestras ganas de ver. Alina. Alina, ven al ojo. Hágase tu voluntad así en el ojo como en los ojos. ¿Pero qué pasa? ¿Ulises llora? No. Orina y ése es el ruido del agua que cae sobre la loza, un poco así como lluvia primaveral, como apagar un incendio, como beber una copa de vino con el mejor amigo para brindar por la muerte de los sucesores. Ulises orina. Orina mientras espera que llegue la noche en que sucederán cosas. Ulises orina y esto es extraordinario, importante, algo que debería llenarnos de alegría, pues significa que Ulises es bueno, magnánimo, fraternal, ya

que si él orina, si hace una pausa, si se queda callado, es para compensar a otros Ulises que en los planetas a, b y z deben estar amando o arriesgando la vida entre lanzas de caballería. Ulises termina de orinar. Alguien seguramente ha muerto en ese instante en que otro Ulises abre otra puerta para encontrar otra ventana. Pero no obstante tiene que haber una salida. El laberinto debe ser ilusorio. Y basta creerlo para que la salida ya esté. Ahí va Ulises trastabillando, sin poder escapar a un destino del que no quiere escapar, pues el sólo quererlo ya sería haber escapado, y escapar del regreso quiere decir ya estar muerto, hablando con Aquiles y sintiendo la infinita mudez del otro mientras Ulises los invita a cenar. Entonces nosotros estaríamos contando la historia de otro Ulises y nada habría cambiado y nada se habría alterado y nada habría dejado de ser, de suceder, porque la historia avanza aunque se haga lo imposible por detenerla, porque lo único que se puede salvar es la historia, las relaciones, los tejidos, aunque los personajes vayan cambiando, aunque los nombres y los disfraces varíen, aunque el autor ya no sea el mismo, porque la historia bien puede relatarse por sí misma. Nosotros somos la única ficción en todo esto, lo único inseguro somos nosotros mismos, los que a base de palabras queremos dar una prueba (bastante frágil) de nuestra propia existencia, ya sea yo, el que escribe ahora estas didascalías, o el otro, el que algún día ha de escribir esta novela para salvarse a sí mismo de sí mismo.

Pero ahora es la noche (aún no la segunda, sino apenas la primera) y Ulises está sentado con Alfredo (que parece aburrirse tanto como Ulises), mientras en las mesas vecinas los muchachos y las muchachas parecen estar soñando. Alfredo quisiera estar con ellos en vez de estar mirando la muerte de Ulises, con quien ahora (aparte de unos cuantos recuerdos, recuerdos que no tienen nada de extraordinario) no lo une otra cosa sino las cartas de Sorgen que él debía entregarle y que Ulises ha venido a buscar. Todas las cosas que alguna vez pudieron haberle hecho sentir la necesidad de ser amigo de Ulises han desaparecido entre las ojeras, el encorvamiento y el destruido rostro de esos treinta años que ahora tiene enfrente y que mira con un poco de repulsión, pues no entiende (ni le importa hacerlo) ese suicidio diario, alcohólico, marihuánico a veces, que ha convertido a Ulises en un guiñapo, en un anciano, en el anciano con que Palas Atenea quiso disfrazarlo para hacerlo irreconocible por Telémaco, a quien repugna esa vejez de un hombre con el que ha perdido todo contacto, de un hombre que cuando le anunció su llegada le alegró el corazón pues pensó que podría hablar con él (cuyos juicios habían sido siempre —bueno, quizá no siempre, pero sí hace cinco años— bastante claros) de los últimos acontecimientos de México (ráfagas, ráfagas, más ráfagas, muchachos muertos, silenciados, asesinados, las tres culturas defendiéndose de una cuarta cultura, tres muertes defendiéndose de la vida,



defendiéndose de la vida, llenando de balas las bocas de esos muchachos, llenando de tierra y de sangre y de tierra revuelta con sangre esas frágiles vidas, que se quiebran, que caen, que aún se atreven a erguir ante la muerte el dedo índice y el cordial, el dedo índice y el cordial creciendo hacia el cielo, el dedo índice y el cordial como gritando no pasarán, porque aunque cuando pasen no pasarán, porque aunque destruyan no pasarán, no pasarán, no pasarán, no pasarán ni de día ni de noche, no pasarán aunque pisoteen esos dedos que no se romperán, porque aunque se rompan surgirán otros dedos que no se romperán y aunque éstos se rompan surgirán otros dedos que no se romperán, no se romperán y no pasarán, no pasarán, no pasarán... ráfagas... ráfagas... una muchacha rueda y un soldado joven, sano, hermoso, buen padre, buen amigo, le da al pasar una patada en el culo ya muerto que no le va a servir a esa muchacha muerta sino para recibir las patadas de otros muchos soldados de muerte que ya no serán jóvenes, ni bellos, ni sanos, ni alegres, pobre muchacha muerta, pobres muchachos muertos, pobres muertos, muertos hasta con el culo muerto pero con los dedos vivos vivos vivos... No pasarán...), acontecimientos de los que Ulises no quería saber ni una sola palabra y ante los que se muraba los oídos como ante un veneno, pues para él ahora sólo existía su historia personal y los rostros (las figuras) de los muchachos y muchachas que estaban sentados en las mesas cercanas y que lo mismo habrían estado sentados si todo hubiera sucedido en el bar Itacaxtlán que aún no se ha construido en Atenas, pero que ya respira con la vida de allá y esto es lo importante y no los muertos y los heridos, porque éstos abundaron aún más en Troya porque además el egoísmo es la única manera de salvarse de los demás.

Profundamente disgustado Alfredo acepta no hablar más del asunto y se pone a hacer el juego de recordar el color de aquellos zapatos que Mejorina tiró al fuego; pero las palabras, esas inútiles tentativas de ser gentil con Ulises, solamente le despiertan con más intensidad aquellas terribles imágenes publicadas por todos los periódicos, aquellas fotografías en las que a veces ha logrado (o ha creído) reconocer el rostro de un amigo o las manos desgarradas de alguna muchacha que hubiese podido amar. Bajo las apacibles imágenes que recrea con Ulises —calles y gaviotas de Gdansk, montones de nieve sobre los tejados, bares varsovianos, largos paseos por Cracovia— se esconden las otras imágenes, las que Ulises no quiere escuchar, las espeluznantes, los gritos en las calles las muchachas balaceadas, los cuerpos desnudos, cosidos después de la autopsia, todas esas imágenes que ya no lo dejarán en paz ("V"), porque se avergüenza de no haber estado allá, aunque en el fondo prefiera por supuesto la vergüenza de no haber estado allá a la posibilidad de haber estado allá o a la posibilidad de estar en todos los otros sitios que no son México pero que son el mismo infierno, aunque más largo,

infierno que dura ya varios años, infierno que no va a terminar tan fácilmente con un balance tan pequeño (aunque no sea pequeño o aunque quizá lo sea), infierno que dura en muchas otras ciudades, que durará en muchas otras ciudades, y Alfredo lo sabe y Alfredo se rebela y Alfredo tiene ganas de llorar y Alfredo pensaba que podría hablar de todo esto con Ulises, pero Ulises no se deja atrapar en la trampa, Ulises ya ha pasado demasiado tiempo en Troya, Ulises quiere olvidarse de Troya, Ulises quiere ocuparse de sí mismo, Ulises quiere ser Ulises para no seguir siendo Ulises; no, Alfredo, ni siquiera de Checoslovaquia podrás hablar con él, ni siquiera de esas tropas que en la noche entraron al día para volverlo tan oscuro como las noches de que ellas mismas llegaban; no, Alfredo, ni siquiera de los árabes quemados por los judíos, ni de los judíos quemados por los árabes, ni de los judíos quemados por los judíos, ni de los judíos que ya no eran judíos pero que son perseguidos en Polonia ni de los polacos perseguidos en Alemania, ni de los alemanes odiados en Yugoslavia, ni de los yugoslavos odiados en la Unión Soviética, ni de los rusos perseguidos en todo el mundo, incluso en la Unión Soviética; no, Alfredo, el infierno tiene más alcance que el infierno que ahora te atormenta, entiende a Ulises, comprende que él ya no quiere hablar, ni actuar, ni hacer nada, él quiere solamente cumplir su pequeño papel, repetir su historia, cumplir lo que ya está escrito, eso es todo, eso es todo lo que Ulises puede desear, eso es todo lo que Ulises puede cumplir, eso es todo. Por lo tanto es mejor entregarle las cartas de Sorgen (metidas dentro de una bolsa de plástico) y volver a casa para dormir en la paz de Dios en espera de que llegue la segunda noche, cuando por casualidad encontrarás nuevamente a Ulises y lo llevarás a un bar español propiedad de un chipriota, donde tú cantarás y Ulises cantará y donde Manolete y Salvador (que también cantarán) harán muy buenas relaciones con Ulises y esto te molestará aún más y no sabrás qué hacer y te quedarás toda la noche con Molly que esa noche vomitará entre las sábanas y tú descubrirás que está enferma y va a morir, lo que te aterrará aún más y no sabrás qué hacer y te quedarás toda la noche sin dormir, pensando y pensando hasta llegar a darle la razón a Ulises que a esa hora (en el momento en que tú le des la razón) ya habrá cometido el crimen. Pero esto será apenas en la segunda noche. La primera noche Alfredo y Ulises conversarán alegremente, haciendo bromas sobre todos los amigos comunes, reirán y hablarán en voz alta sin advertir que su bullicio latino resulta un tanto molesto a los muchachos y muchachas que estarán sentados en las mesas vecinas. Será un encuentro agradable después de tantos años. Después Alfredo se despedirá de Ulises, le dará las cartas de Sorgen (cuidadosamente ordenadas en una maletita de cuero) y se citará para el día siguiente, para la segunda noche de esta historia.